

Recordar, compartir, aprender

Castellón

M^a Carmen Huertas, 80 años.

Gràcia Fraile, 23 años.

EL RELOJ, SU MAYOR ENEMIGO

M^a Carmen Huertas se niega a volver a un pasado plagado de baches en el camino, como el de tantos otros, y nos ofrece, en cambio, una historia que transmite un optimismo, un amor a la vida y una energía contagiosos.

“Me llamo M^a Carmen Huertas Vázquez, soy mayor, y vivo en una residencia, como muchos ancianos en la actualidad. Con tantos años acumulados, podría contar muchas historias pasadas, pero he decidido hablar de la última etapa de mi vida. Como, pese a vivir en una residencia he mantenido mis convicciones y mi manera de ser, es como hablar de toda mi vida”.

Así empiezan las seis páginas escritas a ordenador que M^a Carmen me entregó en nuestra primera entrevista. “Tú y yo vamos a ser amigas”, me dijo convencida. Y sospecho que no se equivocaba. Desde el primer momento rechazó la idea de recrearse en el pasado. “La Guerra Civil la hemos pasado todos, todos hemos tenido que callar cosas y todos hemos visto irse a los que más queríamos. Por eso quiero contar algo distinto, porque pese a lo que se empeñan en decir los de mi generación, la vida está llena de cosas buenas para el que las quiera aprovechar”.

En esos folios que me entregó resume décadas de ayuda y entrega al prójimo que no vieron su fin al mudarse a la residencia, sino que pudieron prolongarse gracias al traslado a Castellón.

De joven le quitaron de la cabeza tanto la vocación médica –no eran tiempos favorables para las mujeres en medicina– como el interés por los estudios de teología

–“¿Os imagináis a una chica con el porte de M^a Carmen en el Vaticano?” decían en el pueblo–, así que se dedicó a la enfermería. El trabajo en hospitales junto con la colaboración en todo tipo de causas altruistas desarrolló en ella una fuerte empatía y una gran intuición, que le serían de mucha utilidad posteriormente.

Cuando la salud de su marido hizo que M^a Carmen no pudiese salir de casa tranquila, por la atención constante que debía prestarle, se trasladaron a una residencia a muchos kilómetros del Madrid en que vivían. “¿Qué se te ha perdido a ti en Castellón?”, le decían. Para M^a Carmen, dada su situación, Castellón era la ciudad idónea. Su condición de ciudad pequeña le permitía ir andando (el mejor medio de transporte según afirma) a todas partes, sin tener que renunciar a la posibilidad de colaborar con los más necesitados.

Salía al terminar el desayuno hacia Manos Unidas, y casi siempre llegaba tarde a comer porque la hora coincidía con la de la comida en el asilo en el que ayudaba a servir. “El reloj era mi mayor enemigo”, afirma, recordando pícaro las regañinas por retrasarse. Por las tardes combinaba las visitas a los más desfavorecidos con las clases de informática y Braille, “porque uno de mis achaques -nos cuenta- fue perder una vista, y digo vista y no ojo porque por fuera no se nota, y es una suerte, ¿para qué inquietar a los demás?”.

Ése fue un año complicado para M^a Carmen, que pese a todo sigue recordándolo con una sonrisa. En su apretado horario casi se solapaban las clases de Braille con las del último curso de Teología, su vocación juvenil por fin realizada. Cuenta divertida cómo en ambas clases, era “la abuela” y cómo sus compañeros, al encontrársela por la calle, no dudaban en presentarla orgullosos a sus familiares.

Al final de curso, el día que debía ir a recoger el título y la orla, un periodista la detuvo por la calle para entrevistarla, ya que era el día mundial de las personas mayores. Como siempre, M^a Carmen iba con prisas, pero se detuvo un momento para responder a la pregunta de “¿En qué piensa usted que deben invertir el tiempo libre las personas mayores?” Su respuesta fue la siguiente: “En mi opinión, las personas que estén medianamente bien y no tengan que atender a sus familiares deben tratar de ayudar a los más necesitados, sobre todo dándoles cariño, que no cuesta nada. Por nosotros, lo mejor que podemos hacer es aprender, porque nos mantiene en forma la mente y lo aprendido puede servirnos para ayudar a alguien”.

Y predica con el ejemplo, estudiando Psicología en la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Su experiencia como enfermera, pero sobre todo las largas conversaciones con sus compañeros de residencia, que veían en ella una vía de escape para el torrente de sufrimiento que les oprimía el corazón –las enfermedades,

Recordar, compartir, aprender

los hijos que vienen poco y demás– la llevaron a buscar en la carrera de Psicología las herramientas que le permitan ayudarles mejor. Porque M^a Carmen disfruta, ante todo, del contacto con el prójimo. “Me gusta salir a la calle”, dice, “ella me conecta con las cosas que aún puedo hacer, ya sea por obligación o por devoción, y con todo aquello que llena mi vida. Porque sigo pensando que ‘entre el Supremo y yo está el otro’, y el otro se encuentra en cualquier sitio, sobre todo en la calle. Una persona que se cae, otra que no puede subir unos escalones, aquella que no logra meter la llave en la cerradura...”

M^a Carmen afirma rotunda que para tener una vejez feliz es esencial trabajar de joven. Así, si mientras podemos dedicamos una parte de nuestro tiempo a ayudar a los demás, cuando lleguemos a esa edad en la que las personas, pese a no ser capaces de recordar lo que comieron el jueves, recuerdan perfectamente cada detalle del pasado “lo que estudiaron, lo que hicieron, dónde trabajaron...” tendremos una vida de hermosos recuerdos de la que nos podremos sentir orgullosos.

Ella, como demuestra el hecho de haber elegido su vida presente para este relato, no ha llegado aún al punto de sólo contar con el pasado. Para ella, el presente está tan lleno de oportunidades como para cualquier joven, y no desperdicia ninguna.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

“A corta edad asumí responsabilidades de adultos. Decían que era sensata e inteligente, pero yo creo que eran la tenacidad, la fuerza de voluntad y la imperiosa necesidad de ayudar a los más necesitados lo que me movía. Mi cuerpo se acostumbró a no dormir, había que estar alerta. A los 80 sigo alerta y sin dormir”.

“Quise ser médico, pero vivíamos en un pueblo alejado de las universidades. Al poco de marcharme el gobierno creó un sistema de coches para llevar a los estudiantes a la capital. En cierto modo me realicé al convertirme en enfermera. Jamás olvidaré aquella etapa en la que tanto aprendí. Pasé muchas horas como ayudante de mano, que se decía entonces, de los cirujanos. Aquellos hombres disfrutaban, bisturí en mano, explicándome la importancia de cada gesto. Cada día era distinto, pero yo siempre absorbía insaciable sus conocimientos. Me abrumaban sus valoraciones, puesto que yo siempre consideré que era como nací, sin méritos añadidos. Ante aquel laberinto del cuerpo expuesto no sólo aprendí medicina, sino también sobre la vida y los seres humanos”.

“Aprendí enseñanzas que fueron las semillas que germinaron, regadas a diario con esfuerzo y penurias, para formar un robusto tronco con frondosas hojas verdes que ahora caen con el reflejo del ocaso del sol otoñal que no durará mucho”.

“Así lo veo desde el geriátrico en el que me he reencontrado con los necesitados, a los que escucho, ayudo y doy el cariño que recibieron en su hogar en el pasado y ahora tanto añoran. Puesto que si algo he aprendido es que no hay nada tan satisfactorio como la entrega. De momento, misión cumplida”.